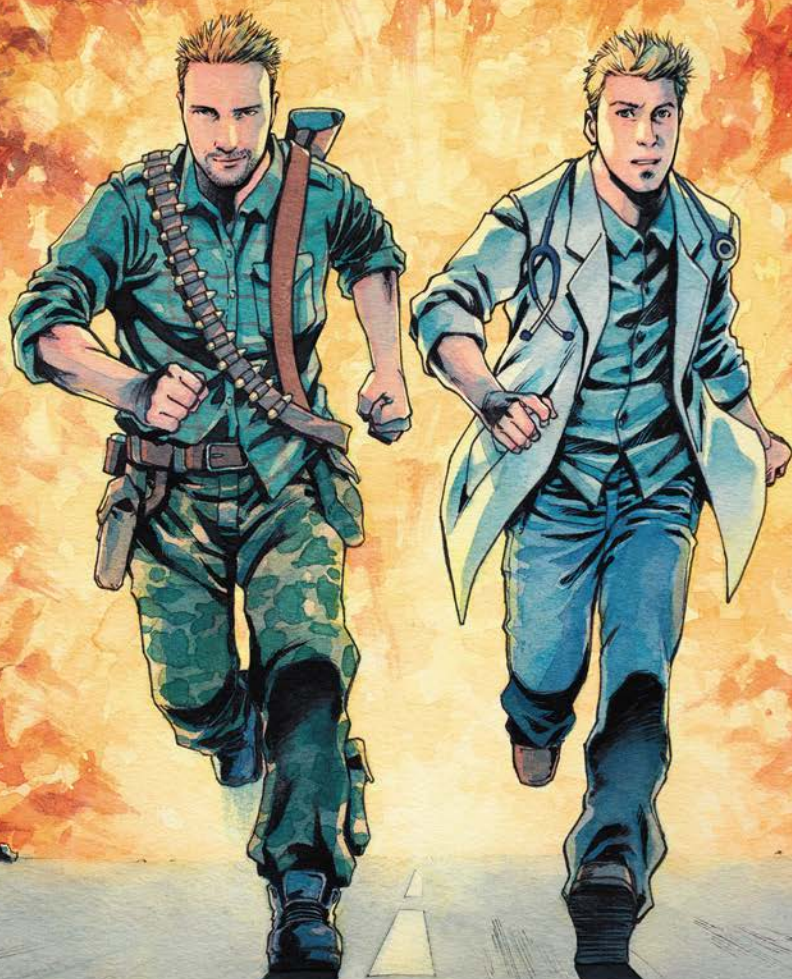


by Abeel y Poker

# CASSANDRA



Un virus ha despertado a los muertos.  
Ahora, la esperanza está en sus manos

byAbeeL y Poker

# Cassandra

Un virus ha despertado a los muertos.  
Ahora, la esperanza está en sus manos

,

**Capítulo I**  
**VIVIR COMO UN MUERTO**

- ¡Inyéctale más... 25 miligramos más!  
—La perderemos... ¡no lo aguantará!  
—Ya la hemos perdido, ¿no te das cuenta?

Póker intentaba salvar la vida de la última infectada. El ensayo de la cura había dado algún resultado positivo en los pocos ratones que habían podido cazar, pero parecía no funcionar en seres humanos. Estaba desesperado. Para un médico, un científico como él, era frustrante ver morir a otra persona sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Esta vez era una chica de no más de 12 o 13 años. La habían encontrado en uno de los pueblos cercanos. Había sobrevivido durante semanas escondida en un establo, alimentándose de leche de cabra, pero desgraciadamente los susurradores la habían descubierto apenas unos minutos antes de que ellos llegaran y se habían dado un festín con los animales antes de atacarla.

Póker comenzó a darle un continuo masaje cardíaco, con la esperanza de que su corazón siguiera repartiendo sangre y su cerebro no se contaminara con el virus.

—¡Ya está, Póker! —Sara le miró a los ojos y le apartó las manos del pecho de la niña—. Déjalo. Ya no podemos hacer nada.

Para él no había sido una muerte más. Cada muerte que se producía ponía de manifiesto el fracaso con la vacuna y él no podía evitar sentirse responsable, sabía que era su principal objetivo, si no, ¿qué sentido tenía seguir viviendo? ¿Por qué no morir también como casi toda la humanidad? Su destino debía ser otro, o por lo menos eso quería creer para poder seguir adelante.

La residencia había resistido, quizá era de los pocos lugares del mundo donde el virus no había afectado tan mortíferamente. Póker había descubierto que el virus se debilitaba con la altura y con el frío, si en un tiempo determinado no encontraba una célula que parasitar, con las bajas temperaturas perdía virulencia, entraba como en un letargo, tal vez por eso no les había afectado a ellos.

Se sentó en su despacho y miró sus títulos colgados en la pared, sus premios, sus reconocimientos internacionales... Sacó una botella de *bourbon*, una de las últimas que quedaban. Era un ritual, cada vez que moría alguien servía dos pequeños vasos y brindaba por el alma de la persona muerta. Luego guardaba la botella, bebía de un trago su vaso y el otro lo dejaba unos días, como una especie de recordatorio de que tampoco esa vez lo había conseguido. Alguien llamó a la puerta.

—¿Póker? —Sara abrió ligeramente y se asomó—. ¿Puedo?

—Pasa.

—Hay reunión, te estamos esperando..., ¿te acuerdas?

—Ya saben mi opinión. Hagan lo que quieran.

—Es por tu hermana, ¿no?

## Cassandra

—No, no es por ella —contestó Póker observando el vaso lleno que aún reposaba sobre la mesa.

—Eres uno de los neurobiólogos más importantes de Europa. No puedes quedarte paralizado cada vez que ves morir a una niña. Todos hemos perdido a alguien, ¡algunos hemos perdido a todos los nuestros! Lloro si quieres, patalea, pero eso no te devolverá a tu hermana.

—No necesito charlas, Sara, sé perfectamente cómo es el mundo..., es solo que...

—Que no le ves sentido a esto —sonrió levemente la doctora—. No lo tiene, Póker, nunca lo ha tenido.

—Tampoco lo tenía antes del virus —respondió él, devolviéndole la sonrisa.

—No, tampoco lo tenía antes... Venga, vamos, ya sabes que, si no estás tú, entre Karen y Alejandro se arma el caos.

—Tienes razón, no es mi hermana —Póker se levantó, se puso la bata, miró el vaso de *bourbon* y lo apuró de un solo trago. Luego lo dejó sobre la mesa dando un ligero golpe, como con algo de rabia contenida. Inspiró profundamente, miró a Sara, intentó sonreír de la forma más sincera que pudo y salieron hacia la sala de reuniones.

—¡No empecemos con lo mismo de siempre! ¡No estoy discutiendo por discutir! —decía Alejandro airado, en el centro de la reunión. Varios doctores y enfermos se distribuían por la sala intentando escuchar y participar de la conversación—. El huerto es cada vez más productivo, miren el informe. Las dos vacas están sanas y producen

leche a ritmo normal. Somos hombres y mujeres, podemos procrear, establecer una colonia hasta ver cómo se van desarrollando las cosas ahí fuera.

—Hablas como si todo fueran matemáticas, Álex —respondía contrariada Karen con su marcado acento estadounidense—. Podemos procrear... —dijo imitándolo—, pero te olvidas de que no se trata de ser Adán y Eva, sino de ver si hay más gente en algún otro lugar, de investigar el virus y tratar de detenerlo.

—¿Quieres salir? Sal —retó Alejandro.

—Podemos hacer más incursiones, necesitamos capturar susurradores, las muestras que tenemos están necrosadas —apuntó Sergio, uno de los neurobiólogos ayudante de Póker—. Podríamos bajar hacia el sur, hasta una altitud diferente y probar suerte.

—Conjeturas, solo son conjeturas —decía Alejandro, levantando el dedo índice—. Todavía no hemos podido demostrar que la altura inactive el virus.

—Entonces, ¿por qué nosotros no estamos infectados? —preguntó otro de los doctores.

—La presión, el frío..., no lo sabemos aún con total seguridad —respondió Alejandro—. Pero no podemos dejar las investigaciones a medias, ahora que estamos consiguiendo algún avance.

—¿Avance? —intervino Póker—. Pregúntale a la niña de esta mañana si hemos tenido algún avance.

—No empecemos... —pidió Alejandro—. Te veo mal, Póker. Somos profesionales, no podemos desesperarnos. Con tus últimas excursiones hemos perdido a varios del equipo.

## Cassandra

—Sí, hemos sufrido bajas, pero también hemos ganado muestras, animales, café, medicamentos, combustible...

—¿Nuestra vida por una lata de gasolina? ¿Eso valemos?

—En una guerra, sí —respondió Póker.

—Póker tiene razón —apuntó Karen—. Pensar que somos las últimas personas vivas es ridículo, tiene que haber más... Pero si alguien puede encontrar una manera de neutralizar el virus, somos nosotros.

—Álex, de todas formas, no veo el problema —comentó Póker—. Los comandos que enviamos son voluntarios. Si no quieres ir, no vayas, y tema zanjado, pero no puedes prohibir que no pensemos como tú.

—Cada vez que salen nos ponen en peligro a todos.

—¿Cómo? ¿Muriendo? Más comida, energía y agua caliente para ustedes.

—Menos vigilantes —continuó enumerando Alejandro—, menos investigaciones...

—¿Qué quieres? ¿Que vayan los enfermos?

—Sí, a lo mejor...

Toda la gente de la sala comenzó a mostrar su desaprobación hacia las palabras de Alejandro. La relación jerárquica entre enfermos, médicos y científicos hacía semanas que se había roto, ahora eran todos iguales. Los enfermos allí ingresados no lo eran porque hubieran sido infectados por el virus, su enfermedad venía de mucho antes, de la llamada por la prensa: Crisis de Polución. En las primeras décadas del siglo **xxi** las ciudades se habían



convertido en un vertedero de aire irrespirable. Los más ricos pudieron permitirse máscaras antipolución cada vez más tecnológicas y evolucionadas para protegerse, al tiempo que fueron estableciéndose en colonias de lujo blindadas a las afueras de la ciudad. En los centros urbanos, desde la crisis de 2029, solo vivían trabajadores que no podían permitirse pagar un alquiler en las zonas residenciales, cada vez más exclusivas y vigiladas.

La Crisis de Polución comenzaba con la pérdida paulatina de los sentidos. No había reglas, a cada persona le afectaba de una manera: unos perdían la vista, otros el oído, el tacto..., aunque lo más frecuente era la pérdida de visión. Luego sobrevenía un envejecimiento prematuro de las células y de las redes sinápticas cerebrales que podía desembocar en cáncer o en Alzheimer. Aquella residencia puntera se había construido en los Pirineos para paliar los devastadores efectos de la alta polución y los gases contaminantes. Muchos pacientes habían mejorado, incluso habían llegado a recuperarse casi por completo, pero la recuperación total era lenta y, a veces, los procesos eran irreversibles.

Sin embargo, ahora ya casi nadie pensaba en la polución, apenas habían pasado unos días desde la gran explosión global que desencadenó la aparición del virus. La desconocida infección había desbancado cualquier otra enfermedad, por muy mortífera que fuera. Cientos de miles de millones de seres humanos, imposible conocer la cifra exacta, se habían convertido en susurradores: animales hambrientos encerrados en cuerpos de humanos. Depredadores con ansia irrefrenable de carne

que devoraban cualquier ser vivo que se les cruzase en el camino.

—A ver, hay soluciones intermedias —continuó diciendo Sergio después de que todos hicieran una pausa de varios segundos—. Lo que está claro es que tenemos que hacernos fuertes aquí. Los susurradores no sobrevivirán mucho tiempo, tarde o temprano se quedarán sin comida, pero nosotros necesitamos tener esperanza. Si no, ¿para qué vivir? Yo no quiero vivir sin más.

—Eso es lo que hacíamos antes —continuó Póker—. Nuestra vida..., ¿qué era? ¿Eh? Hipotecas, facturas, contaminación, trabajo... Si queremos reconstruirlo todo, tenemos que encontrar una cura.

—Está claro —dijo Sara—, pero yo necesito una explicación, necesito saber por qué ha pasado todo esto. ¿No sienten curiosidad?

—Dios... —interrumpió con un hilo de voz la anciana Dominique, una paciente francesa, de las que más se habían deteriorado con el mal de la ciudad—. Esto es... un castigo por creernos más poderosos que él. Yo envejecí prematuramente, París era la peor ciudad para la contaminación... —continuó con la voz quebrada y muchas dificultades respiratorias—. Tengo 50 años pero aparento 70, me duelen los huesos, se me han caído los dientes, mis manos apenas pueden sostener un tenedor... —prosiguió intentando pronunciar lo mejor posible—, pero aquí me han devuelto algo que se había dormido dentro de mi cerebro... mis recuerdos, quién soy. Si pudiera luchar, lucharía, no me quedaría aquí esperando a que la muerte

saltara la valla —inspiró a duras penas, se levantó de la silla de ruedas y añadió—: hay que enfrentarse a este mundo que quiere que desaparezcamos..., que nos ha condenado a muerte. ¡No vamos a ponérselo fácil! Denme una escopeta y yo misma les traigo leche de cabra.

Dominique normalmente no hablaba mucho, pues apenas podía respirar. Dependía de la botella de oxígeno que le iban dosificando un par de horas al día. De ahí que al oírla, todos se quedaron callados, pensativos. Después del esfuerzo realizado, se desplomó en su silla de ruedas y, con la ayuda de Sergio, se colocó de nuevo la máscara de oxígeno.